



HARLEQUIN

Deseo™



Magnate busca esposa

Paula Roe



*Deseo*<sup>TM</sup>

# Magnate busca esposa

Paula Roe



HARLEQUIN<sup>TM</sup>

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2009 Paula Roe. Todos los derechos reservados.  
MAGNATE BUSCA ESPOSA, N.º 1682 - 14.10.09  
Título original: The Magnate's Baby Promise  
Publicada originalmente por Silhouette® Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-7467-0  
Depósito legal: B-32018-2009  
Editor responsable: Luis Pagni

## *Capítulo Uno*

«Es mi empresa. Mía».

Cal Prescott repitió aquellas palabras como un mantra hasta que, después de gemir con frustración, dio un golpe en la mesa con ambas manos y se levantó.

Victor no sólo había enfrentado a sus hijos utilizando VP Tech, sino que además les había pedido un heredero. Cal tomó aire y se giró para estudiar la vista panorámica del muelle circular y del jardín botánico de Sidney, que tenía debajo, y del puente del puerto. Hacía una mañana soleada, algo poco habitual en el mes de junio, pero ni siquiera eso podía hacer disminuir su ira. La característica franqueza de Victor todavía le revolvió el estómago.

–Ambos debéis casaros y tener un heredero. El primero que lo consiga se llevará la empresa –había dicho su padre.

Zac, su hermanastro, no se merecía VP Tech. También era hijo de Victor, sí, pero les había dado la espalda hacía años mientras que él, que era mayor, siempre había apoyado a la familia y había trabajado muchas horas hasta que el año anterior había conseguido que su software One-Click fuese el más vendido en Australia.

Cal Prescott no se rendía. Nunca. Había invertido todo su tiempo, todo su esfuerzo, en la empresa de su padrastro. Y no iba a permitir que se le escapase de las manos a esas alturas.

Cruzó el despacho en un par de zancadas y se detuvo delante de un panel, apretó un botón e hizo aparecer un bar bien provisto. Se sirvió una copa de whisky.

Llevaba tanto tiempo deseando hacer dinero, poniéndose a prueba, que casi no recordaba haber vivido para otra cosa. Con cada millón que había ganado, con cada contrato que había cerrado, había creído ver orgullo en los ojos de Victor. Era evidente que era lo suficientemente bueno para ganar millones, pero no para ser un Prescott ni para heredar VP Tech sin más.

Sintió resentimiento, algo poco habitual en él. Victor ni siquiera le había dado una explicación. Se había limitado a dar el ultimátum y después se había marchado de viaje de negocios.

Sonó el teléfono y Cal se sentó para responder.

–Me gustaría que conocieses a una mujer –le dijo Victor sin más preámbulos.

«Hablando de Roma...», pensó él.

–Has vuelto.

–Sí. ¿Te acuerdas de Miles Jasper, el cirujano cardiovascular?

–No.

Victor hizo caso omiso de su respuesta y continuó:

–Tiene una hija de veintisiete años. Es rubia, atractiva y...

–Me da igual, como si es Miss Universo –replicó Cal–. No soy un semental al que subastar. Tal vez haya aceptado tus condiciones, pero seré yo quien escoja a mi mujer –dicho aquello, colgó con brusquedad.

Después de unos segundos, tomó aire, sacó un sobre sellado del cajón del escritorio y lo dejó encima de él con meticuloso cuidado.

Gracias a un detective local y a un taxista muy amable, por fin podía empezar a controlar su obsesión por la esquiva Ava Reilly.

Llevaba nueve semanas negándose a pensar en ella, ni en aquella maravillosa noche. La había sacado de su mente con la eficacia por la que se lo conocía, pero en esos momentos, mientras recordaba su casual encuentro, se sintió desfallecer.

Recordó sus piernas largas, el pelo suave y moreno y los ojos azules. Tenía nombre de estrella de cine, un nombre que evocaba a una mujer con porte y elegancia. Con presencia.

Aquella mujer se había vuelto parte de su ser e irrumpía en sus pensamientos en los momentos más extraños: cuando estaba reunido, con clientes. Lo más duro eran las mañanas, antes de que amaneciese. Se había despertado una y otra vez de un sueño erótico en el que se besaban, él le recorría el pecho con los labios y acariciaba su piel caliente y sedosa. Y luego se despertaba frustrado y dolorido de deseo.

Se había decidido a olvidarla, a olvidar lo que había sido una aventura de una noche. Y su deseo

se había hecho realidad tres días antes. Hacía tres días que su padrastro le había dado el ultimátum. Hacía tres días que sólo pensaba en VP Tech y oscilaba entre la ira y la tensión.

Abrió el sobre y le echó un vistazo al informe.

Después de demasiadas noches sin dormir y demasiados días sin centrarse, había pasado a la acción. Se armó de valor para que la realidad superase a la fantasía. Tenía que casarse, o prometerse. Sus pensamientos se ensombrecieron. Tal vez él hubiese sido su última aventura antes de que Ava decidiese casarse con su novio de la infancia...

Leyó rápidamente los párrafos de texto y arqueó las cejas. Ava Reilly tenía un *bed-and-breakfast* en una zona rural de Nueva Gales del Sur.

Agarró el ratón del ordenador, entró en Internet y buscó «refugio Jindalee». Unos segundos más tarde tenía delante su página web. No era de extrañar que Ava Reilly estuviese tan endeudada. La casa se encontraba en un pueblo desconocido y sin interés de tan sólo quinientos habitantes.

Volvió a mirar el informe y leyó sus actividades semanales. Tenía que reconocer que el detective era concienzudo.

*Embarazada aproximadamente de ocho semanas.*

—¿Qué demonios es esto?

De repente, sintió que la oficina menguaba a su alrededor, que le faltaba el aire.

Apretó el papel con la mano y atravesó su despacho para dar un puñetazo a la pared.

«No, no es posible. Otra vez, no».

Tomó aire, tenía todos los músculos del cuerpo en tensión. Ya le había sucedido en una ocasión. Un bebé. Su bebé. Un hijo que podía haber seguido sus pasos, un hijo al que criar y querer. Al que transmitir su riqueza y su experiencia y con el que asegurarse de que no se repetiría su pasado. Se había sentido eufórico cuando Melissa se lo había dicho. Y vulnerable.

Estúpido.

Pero había fracasado en todo y se había jurado no volver a cometer el mismo error.

Pero aquello... aquello lo cambiaba todo.

Apretó la mandíbula. Después de hacer el amor apasionadamente con él, Ava se había marchado corriendo, cuando todavía era de noche, como una ladrona. Si no hubiese sido porque se había encontrado unas braguitas negras entre las sábanas, podía haber creído que había sido sólo un delicioso sueño erótico.

Los pensamientos se le escaparon de las manos, alimentados por los tórridos recuerdos. Al recordar cada suspiro, cada caricia, lo asaltó algo más siniestro, la duda de si había sido un encuentro fortuito o deliberado. ¿Y si todo había sido parte de un plan para chantajearlo?

Su risa retumbó en la silenciosa habitación. Si el niño era suyo, podía ser la solución a todos sus problemas.

Dejó la copa de whisky dando un golpe y descolgó el teléfono.

—Jenny, prepárame un coche y llama al aeropuerto, quiero despegar en una hora.

Colgó muy despacio y se puso en pie.

–Mi hijo –murmuró.

Sintió una intensa sensación de posesión que casi hizo que le faltase el aire. Si Ava pensaba que iba a darle dinero y desaparecer de su vida, estaba muy equivocada. Cada día de su vida, siempre que lograba algo, tenía muy presente quién era y de dónde procedía. Y ninguna seductora de piernas largas y melena morena pondría en peligro sus creencias.

Atormentada y preocupada, Ava se dio cuenta de que tenía que hacer frente a los hechos: Jindalee era un pozo sin fondo en el que se perdía todo su dinero y no había modo de evitarlo.

Suspiró y miró las notificaciones que tenía delante de ella, encima de la mesa de la cocina. Se tocó de manera ausente el mechón de pelo que se le había escapado de la coleta. Había estado segura de que muchas personas querrían aprovechar la oportunidad de descansar en una zona rural en la que poder desconectar de todo y por eso había invertido el dinero del seguro de sus padres en el negocio. Había convertido su casa en una recepción y en un comedor, había hecho construir cinco cabañas y había cambiado la cocina.

Todo para acentuar su espectacular caída.

Las habitaciones estaban vacías la mayoría de los fines de semana y ella no tenía ni la experiencia ni el dinero necesarios para seguir haciendo

publicidad del negocio. Además, estaba decidida a hacer caso omiso de los rumores locales, que seguirían centrándose en aquello hasta que empezase a notársele la tripa. Entonces, pasarían a hablar de su embarazo.

Se levantó con las mejillas sonrojadas, se frotó la espalda dolorida y respiró hondo. Luego, puso una mano en su vientre todavía plano.

Un bebé. Su bebé.

Respiró entrecortadamente. Intentó tragar saliva, pero las lágrimas le inundaban los ojos. Se las limpió enseguida. No había sido su intención tener una aventura de una noche, pero aquel extraño le había llamado la atención nada más sentarse a su lado en el Blu Horizon, el exclusivo bar del Hotel Shangri-La de Sidney. Era un hombre que irradiaba confianza y riqueza, tanto por su traje negro hecho a medida como por su impecable corte de pelo. No obstante, había visto en él algo más, una cierta vulnerabilidad debajo de aquel rostro cincelado, todo de ángulos y sombras.

Se había enterado de la identidad del hombre que le había cambiado la vida cuando había vuelto a casa de su amiga a las dos de la madrugada. Era el creador de One-Click, el heredero del imperio tecnológico del gran Victor Prescott. El software de Cal Prescott acababa de convertirse en el número uno en ventas nacionales. Hasta ella acababa de programar en su ordenador la última versión.

Resopló al pensar en aquella ironía. Cal Prescott era uno de los hombres más ricos de menos

de treinta y cinco años, un hombre que solía salir con modelos y mujeres de la alta sociedad y que evitaba compromisos emocionales. Si trabajar muchas horas y mantenerse soltero hubiese sido un deporte olímpico, él habría tenido un armario lleno de medallas de oro.

«Hiciste bien en marcharte». Había sido una decisión inteligente. La decisión correcta. No obstante, todavía le carcomía una pequeña duda. ¿Cómo iba a criar a un hijo llena de deudas y con la posibilidad de quedarse incluso sin casa?

Había oscilado entre la más absoluta felicidad y la mayor desesperación un millón de veces en la última semana. Y siempre terminaba dándose cuenta de lo mismo: de que había sido el destino. A pesar de todo, aquel niño tenía que nacer.

«Ava Rose, la vida nunca te planteará ninguna dificultad que no puedas superar», recordó las palabras de su madre con una sonrisa en los labios antes de verse invadida por el sentimiento de pérdida. La muerte y la tragedia no la habían vencido en el pasado, así que tampoco iba a hacerlo una nueva vida.

Recogió los papeles que tenía en la mesa. Se había terminado la hora de regodearse en sus problemas. Era el momento de pasar a la acción y de volver a controlar su vida.

–Veo que estás haciendo papeleo.

Ava se dio la vuelta al oír aquella voz tan deliciosa. Una milésima de segundo más tarde, se le caía el estómago a los pies.

Cal Prescott estaba en la puerta, vestido con un traje gris oscuro y con los ojos brillantes. Unos ojos que la habían mirado de manera apasionada una noche y que, en esos momentos, eran tan fríos y distantes que Ava se preguntó si había soñado con que habían estado juntos en Sidney dos meses antes.

Intentó no recordar aquello y abrió la boca para saludarlo:

–Cal.

–Ava –contestó él. Su tono de voz también era frío.

Estaba sola con Cal Prescott. Otra vez.

Sintió que el aire se volvía espeso, casi irrespirable. Y sintió calor entre las piernas. Contuvo un gemido.

–¿Qué...? –empezó, y se aclaró la garganta–. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él sonrió, pero no dijo nada. Ava se preparó para oír sus palabras y soportó el escrutinio de su mirada hasta que decidió meterse las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

Cal rió con tanto desdén que la hizo retroceder un paso.

–¿Estás esperando un hijo mío?

Ava se agarró al borde de la encimera para soportar el golpe. ¿Cómo podía saberlo? Ella casi no había tenido tiempo de hacerse a la idea. Había comprado una prueba de embarazo en Parkes y luego había ido a la clínica. No se lo había contado a nadie, ni siquiera a tía Jillian.

Abrió la boca, pero no dijo nada. Se quedó allí quieta y callada, como una idiota.

–¿Cómo... cómo lo sabes? –consiguió soltar por fin.

–No te hagas la inocente, Ava –dijo él, entrece rrando los ojos y apretando la mandíbula–. Ahora, respóndeme.

En sus palabras había una sutil amenaza y era evidente que estaba tenso, enfadado. Ava sintió que se ruborizaba.

–¿Crees que lo he planeado? Ni siquiera sabía quién eras hasta que... –dejó de hablar.

–¿Saliste corriendo? –terminó Cal en su lugar.

Ava se cruzó de brazos, negándose a permitir que se diese cuenta de que había metido el dedo en la llaga. Le dio vueltas a la cabeza a toda velocidad, hasta que se le ocurrió algo.

–Por eso estás aquí. Crees que quiero sacarte dinero –sintió náuseas–. Sal ahora mismo de mi cocina.

–No voy a irme a ninguna parte. ¿Es mío el bebé?

Por un segundo, Ava pensó en mentirle, pero enseguida desechó la idea. Además de que se le daba fatal mentir, no podía hacerlo. No podía mentir acerca de algo tan importante. Así que, a pesar del miedo, asintió.

–Sí, Cal. Es tuyo.

–Una prueba de paternidad lo confirmará.

–Sí –contestó ella con firmeza–. Lo hará.

La expresión del rostro de Cal se volvió tan salvaje que la hizo retroceder.

Él avanzó, invadiendo su espacio vital. Era Cal Prescott, y estaba allí. De repente, Ava sintió la necesidad de tocarlo, de olerlo. Quería volver a fundirse con él.

Pero Cal estaba furioso. Juró entre dientes y se dio la vuelta. Se pasó la mano por el pelo, un pelo que enmarcaba su anguloso rostro y sus ojos marrones a la perfección. Era un rostro muy distante, controlado y poderoso en todos sus ángulos, en todas sus líneas.

—¿Qué quieres? —le preguntó él, girándose de nuevo para mirarla con intensidad.

Ava se puso una mano en el vientre de manera instintiva, pero eso sólo sirvió para llamar su atención, así que volvió a meterse las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—¿De ti? Nada.

Cal la miró con recelo.

—No me mientas. Ahora, no.

—¡No te estoy mintiendo! Ni siquiera sabía que estaba embarazada hasta hace una semana.

—Así es como quieres jugar —comentó él cruzándose de brazos, convencido de su culpabilidad.

Aquello la hizo sentirse frustrada.

—Me da igual lo que pienses —replicó—. ¡No es asunto tuyo!

Él se quedó callado, observándola. Alrededor de ellos sólo había silencio. Era como si la tierra estuviese esperando su respuesta con la respiración contenida.

Entonces, sonrió. El triunfo aplastante que ha-